PLATICA SEPTIMA.

Día 8 de mayo.

MADRE DEL CRIADOR, MADRE DEL SALVADOR.

Texto. Hermanos mios, la Iglesia en sus piadosas letanias ha querido afirmar la maternidad divina de la Santísima Vírgen. Os hemos hablado ya de la invocación *Sancta Dei Genitrix, Santa María Madre de Dios*, y ahora la invocamos en esta instrucción como Madre del Criador. La hemos saludado ya como Madre del Cristo, y ahora la llamamos Madre del Salvador. Talvez me preguntaréis ¿á qué vienen tantas distinciones? Sirven, hermanos mios, para afirmar la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en el augusto Hijo de la santa Vírgen y afirmar que es á un mismo tiempo Dios y hombre.

Proposición y división. Fijémonos en estos dos títulos: Madre del Criador y Madre del Salvador. Estudiemos todo el poder que ellos han dado á María para que se aumente cada día más la confianza que en ella debemos tener.

PARTE PRIMERA.

Si, hermanos mios, el Hijo de María, es también el Criador, por que el fué quien formó el mundo. El fué quien dió el ser y la vida á todo lo que existe. Pronuncia una sola palabra y el mundo sale del cáos, y la tierra brota las plantas y las flores con todos los colores que le conocéis y todos los seres que viven en su superficie. A su voz tembló la nada y se hizo fecunda, y de su seno, infecundo antes, brotaron el sol, la luna y los astros innumerables que lo pueblan, brincando como corderillos en la pradera. ¡Cuán poderoso es tu hijo, oh Vírgen María! y cuán grande es también el poder que ha dado Dios á su Madre!

Jesús recibió todo el poder eu el cielo y en la tierra (1.) Algunas veces ha dejado sobre algunos de sus fieles servidores un rayo de su poder y han hecho los milagros más estupendos; han convertido á los pecadores, curado á los enfermos y resucitado á los muertos. Pero es inmensamente mayor el poder que ha dado á su Madre, porque los prodigios y milagros que efectua todos los días son incontables. Hermanos mios, todos vemos la cruz como nuestra única esperanza, y la adoramos y veneramos porque en ella estuvo tendido Jesús durante tres horas y la tiñó con su san-

(1.) Math. XXVIII—18.

gre. ¡Cuánto amor no debemos tener á María que lo llevó nueve meses en su seno, le nutrió con su leche y le dió por cuna sus brazos! ¡Oh *Madre del Criador!* las orlas del vestido de tu Hijo operaban milagros y bastaba tocarlas para que se curaran las enfermedades. (1.) Oh Reina y Madre amorosa, tu poder, grande como es, es el que prodigas entre los que te invocan y suplican. Madre del Creador, sé siempre bendita y adorada en el cielo y en la tierra por todas las criaturas.

PARTE SEGUNDA.

¡Madre del Salvador!...Hermanos mios, el ángel que se apareció á los pastores de Belén, les dijo: Hé aquí que os anuncio una nueva que será para vosotros causa de gozo, y es que ha nacido para vosotros un Salvador. (2.) Efectivamente, hermanos mios, ¡qué dicha para nosotros, pobres pecadores, considerar que el Hijo de Dios se ha dignado descender á la tierra, convertirse en debil niño, y sufrir y morir por salvarnos! ¡Oh Vírgen María, vos sois la madre de este adorable Salvador y estais unida de la manera más intima con la obra de nuestra Redención! Gracias mil veces os sean dadas por el Salvador que nos habeis dado. ¡Ah! no seamos nosotros los que perdamos voluntariamente este bien y hagamos esteril tan grande beneficio. Para que esto no suceda, *Madre del Salvador, rogad por nosotros.*

¡Cuán hermosa, cuán larga y al mismo tiempo cuán

(1.) Math. IX—20.
(2.) Luc. II. 10

dolorosa fué la parte que tomó la santa Vírgen en la obra de nuestra redención! En el mismo instante en que pronunció estas palabras: Soy la sierva del Señor, cúmplase en mí su voluntad, el Espíritu Santo, reposando en ella, la iluminó con un rayo profético y le dió á conocer todas las consecuencias del consentimiento que acababa de dar. Hija mía, le contestó, ser Madre del Salvador es aceptar muchas humillaciones, dolores y pesares.—No importa, los acepto.—Tu virtud será objeto de dudas por parte del casto José.—Consiento en ello porque es la voluntad de Dios.—Deberéis ser arrojada de Bethlen y parir en un establo; á esto se seguirá la pobreza y el destierro.—Consiento en ello porque es la voluntad de Dios.—Falta todavía deciros que ser la Madre del Salvador significa subir con él al Calvario, verle clavado en una cruz, estar al pié de la cruz en sus momentos de agonía, recibir en brazos el inanimado cuerpo de vuestro augusto Hijo, y ser por lo tanto la Madre de los dolores.—*Fiat*, consiento en ello, contesta María, porque acato los deseos de la Providencia. I comenzó desde entonces á germinar milagrosamente en su bendito seno el Salvador...¡Cuántas gracias te valió tu consentimiento, oh dulce Vírgen María! y cuán incomparable fué el poder que se te concedió! Asociada á la vida y dolores de Nuestro Señor Jesucristo, participáis de su poder, contra el que no puede luchar el infierno, puesto que el mismo Satanás siente aplastada su cabeza bajo tu vencedora planta...Si, Madre nuestra amorosa, vos salváis las almas con Jesús, que os hizo Reyna y os asoció á su imperio.

Conclusión. Antes de terminar, hermanos mios, quiero mostraros un ejemplo que os ponga en apti-

tud de probaros cuán grande es el poder que ejerce María para salvar á las almas. Para conseguir mi objeto apelo á la vida de Santo Domingo. Cuando este ilustre santo admiraba é iluminaba al mundo con su predicación, se le presentó una mujer pecadora para que la convirtiera. El santo la puso bien con Dios y consiguió que entrara en reposo. "Para que no pierdas este gran bien, le dijo, recurre á la Santísima Vírgen, bajo cuya protección te pongo, á ella te entrego." La pobre pecadora no supo perseverar, cayó de nuevo en tentación, y diez veces desoyó los consejos del santo. Pero la Madre del Salvador se compadeció de la que le fué recomendada por su humilde siervo. Efectivamente la pecadora mereció que se le hiciera ver en una visión el abismo en que iba á caer, y entonces implorando la misericordia de María nuestra Madre, mereció el don de la fuerza que le faltaba y la gracia de la perseverancia, fué un modelo de virtud y murió santamente. (1.)

¡Oh Vírgen piadosa, sed también para nosotros la Madre del Salvador, usad en favor de nosotros de todo el poder de que estáis investida para que podamos resistir las tentaciones y caminar sin tropiezo en la senda de la virtud que es la que debe llevarnos al cielo.

Madre del Salvador, rogad por nosotros. Mater Salvatoris, ora pro nobis.

Amén

(1.) Véase la Triple corona del P. Poisé t. 2. °

PLATICA OCTAVA.

Dia 9 de Mayo.

PRUDENCIA DE LA SANTISIMA VIRGEN. DE QUE MODO DEBEMOS IMITARLA.

Texto. *Virgo prudentissima, ora pro nobis.* Vírgen prudentísima, ruega por nosotros.

Exordio. Después de haber saludado á la Santísima Vírgen con el título de Madre, vamos á saludarla ahora como Vírgen. Mereciendo por su dignidad y sus virtudes que fuese escogida para ser la Madre de Dios, debíamos saludarla como Madre antes de que la invocáramos como Vírgen.

Dijo un día Jesús á sus Apóstoles: "Sed sencillos como palomas y prudentes como serpientes" (Math X. 16.) La sencillez evangélica es como ya lo sabeis, una virtud que nos lleva directamente á Dios con todo el corazón y por el camino más corto y más derecho.

¡Que especie de virtud es la de la prudencia que tanto recomendaba á sus discípulos nuestro divino Salvador? ¿Sería acaso esa prudencia humana que está mezclada de desconfianza y egoismo, y á veces acaba por volverse aviesa y astuta? No, hermanos mios, no, porque la prudencia cristiana es una virtud que sirviéndonos de consejera nos hace pensar seriamente en la voluntad de Dios para que evitemos el mal y obremos el bién, obedeciendo así á lo que nos manda la voluntad divina.

Proposición y división. En esta instrucción os manifestaré en primer lugar que la santísima Vírgen practicó sin cesar la virtud de la prudencia; y en segundo lugar que debemos imitarla practicando la misma virtud.

PARTE PRIMERA.

¡Con cuánta justicia se te da, oh Vírgen prudente, el título de Madre del Salvador! Si echamos una mirada sobre cualquiera de las circunstancias de tu vida te vemos acompañada de la prudencia y practicando esta virtud con toda perfección.

Siendo niña, entráis en retiro en el templo; y allí, á los ojos de Dios y lejos de toda mirada profana, pasáis los primeros años de vuestra juventud. Más tarde al visitaros el arcángel Gabriel os halló también recogida. Antes de consentir, quereis *¡oh Vírgen prudente!* iluminaros acerca de su misión para mantener vuestra virginidad. Contemplémosla en el establo de Belen, hermanos mios. Ved su calma y su prudencia. No da un paso ni hace un solo movimiento que no lleve por mira la voluntad de Dios. Vosotros la rechazasteis de

vuestro seno, oh habitantes de Betleem, y sin embargo no salió de sus labios ni la más ligera queja. Los reyes de Oriente, guiados por una estrella refulgente, van á rendirle homenaje depositando á sus piés ricos presentes sin que ella se manifieste enorgullecida.

No fué menos prudente durante la Pasión del Salvador, puesto que se conformó completamente con la voluntad de Dios. Un alma vulgar se hubiera desahogado lanzando estrepitosos gritos, y abrazándose de su hijo hubiera dicho á los verdugos: "Apartáos, porque yo no quiero que inmoléis á mi hijo, y antes que le toqueis siquiera primero pasaréis sobre mi." I hubiera desgarrado los aires con sus sollozos, y talvez apostrofado á sus verdugos. Pero la Madre de los dolores sabe lo que Dios espera de ella y no dejará de obrar con prudencia. La mujer de Pilato pide á su marido la vida de Jesús. La piadosa Verónica lame la saliva y el sudor que cubren el rostro del Salvador. Pero no quiere el Altísimo que María tenga este consuelo, y la Vírgen prudente se somete docilmente á sus decretos. Si, Vírgen Santísima, en todas tus palabras y acciones has obrado con la misma prudencia.

PARTE SEGUNDA.

Veamos de qué modo debemos imitar á la Santísima Vírgen en la práctica de la virtud de la prudencia. Ya hemos dicho que la prudencia la constituyen dos cosas, y son: poner los medios necesarios para evitar el mal y hacer el bien según podemos y conforme á lo que Dios exige de nosotros. Diré unas cuantas palabras acerca de esto. Faltaría á la prudencia la madre de familia que teniendo muchos hi-

jos, pasara muchas horas en la iglesia abandonando sus queahaceres domésticos. También faltaría á su deber si debilitase su salud con repetidos ayunos y abstinencias, pues tampoco podría desempeñar sus tareas caseras. Quiere decir esto, hermanos míos, que practicar el bien diferentemente de lo que Dios nos ordena, es no tener ni saber imitar la prudencia que practicó la Santísima Vírgen.

No es éste el mayor peligro que se corre. La sagrada Escritura nos cuenta una cosa que pasa todos los días. Una jóven de quince años, llamada Dina, hija del patriarca Jacob, arrastrada por la curiosidad abandonó la casa de su padre para ver como iban vestidas las jóvenes de su país vecino en que celebraban una fiesta (1.) La imprudente se fué sola, y él hijo del rey del país vecino la ultrajó. Al ultraje y la deshonra siguió la guerra y la matanza de todos los habitantes de la ciudad. Tales fueron las fatales consecuencias de una imprudencia.

Por poco que meditéis sobre lo pasado recordaréis muchas circunstancias en que una imprudencia ha ocasionado desastres, ó cuando ménos inconvenientes. Muchas veces hace la curiosidad que muchas jóvenes asistan á reuniones y fiestas que pueden producir malas consecuencias. Van á ellas, es verdad, pero, ¿vuelven como fueron? Hay bailes y paseos á los que no es bueno asistir. Tambien es preciso abstenerse de leer muchas novelas, cuya lectura es nociva, pues á ellas han debido su perdición no solo muchas jóvenes sino también madres de familia. No se juega

(1) Gen. XXXIV y siguientes. Véanse los Comentarios de Cornelio Alapide.

impunemente con la serpiente, hermanos mios, porque acontece que sentimos el aguijón de su veneno cuando ya no podemos remediarlo. No provoquemos las ocasiones peligrosas que amortiguan en nosotros los sentimientos de piedad, y á veces nos llevan mas lejos de lo que quisimos. Cuando debamos asistir forzosamente á una fiesta familiar, no lo hagamos sin solicitar antes la protección de la santa Vírgen.

Conclusión. ¿Cómo no hemos de recurrir á tu intercesión para que no solamente evitemos el mal *¡oh Vírgen prudente,!* sino para que practiquemos el bien y aprendamos de tí el modo de hacerlo? Esto es lo que han hecho los santos. En la vida del virtuoso padre Olier, que tal vez algun día verán los fieles colocado en los altares, leemos que nunca hacía cosa alguna sin consultarlo antes con la Santísima Vírgen. No salía, por decirlo así, de su celda sin pedirle antes permiso, la hacía como árbitra de cuanto hacía, y cuanto más delicado era un asunto tanto mayor era su solicitud. En cambio, gracias á las inspiraciones de María, (1) salía con bien de lo que le parecía mas difícil.

Nosotros tambien tenemos pendiente un asunto de mucha importancia; me refiero al de nuestra salvación. *¡Oh Vírgen prudentísima!* dígnate iluminarnos con tu auxilio para que logremos triunfar y obtener nuestra salvación y os bendeciremos sin cesar hasta nuestra última hora. Vírgen prudentísima, ruega por nosotros. *Virgo prudentísima, ora pro nobis.*

Amén.

(1) Taillon, Vida de P. Olier.